

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

DECENARIO POPULAR CON CENSURA ECLESIASTICA

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

10 números cada diez días, 2 reales al mes	
20 " " " " 1 pta. " "	
100 " " " " 5 " " "	
500 " " " " 25 " " "	
1000 " " " " 50 " " "	

«Este precepto os doy: Amaos los unos á los otros como Yo os he amado.»

(JESUCRISTO A SUS DISCÍPULOS)

Tirada mensual de este periódico
21.000 EJEMPLARES

ADVERTENCIAS

Los encargos y suscripciones de la localidad en la librería de

D. Lino V. Sangenis, Corrida, 73

La correspondencia de provincias al señor Dtor. de EL AMIGO DEL POBRE —Gijón.

La Dolorosa

¡Qué desgraciada era Antonia! además de carecer de lo preciso para las necesidades diarias que sabía reducir a los más estrechos límites de la economía, se veía unida a un hombre pervertido por los amigos que habían hecho de él un borracho y un ateo.

¡Cuando se casaron, qué diferencia! Ella aportó al matrimonio una casita puesta con todos sus enseres, una vaca que aunque no suiza tenía gran cantidad de leche que vendían en el mercado, a más un gallo soberbio en la casta, y 24 gallinas castellanas de pura raza de las que ponen huevos como de pava. ¡Y que no eran solicitados los tales huevos! ¿Y Juan? Juan tampoco trajo las manos vacías ¡qué había de traer! Si sus manos eran un primor. ¡Poco bien que trabajaba la madera y el barro! Como que era escultor de primera. Ya tenían algunos miles de pesetas ahorradas...

Daba envidia este matrimonio, ¡qué felices parecían! y ¡qué felices eran en realidad! Juntos iban a misa los Domingos y juntos rezaban el rosario todas las noches.

¿Cuál ha sido pues la causa de tal transformación en Juan? La que es siempre o la mayoría de las veces: el casino, los amigos, los periódicos; Juan se acostumbró a tomar café todas las noches, tras del café vinieron las copas y la lectura de los diarios, y las discusiones políticas y religiosas con los amigos y la holganza.

¡Pobre Antonia, cuántas lágrimas tenía que devorar! porque si lloraba se exaltaba más Juan y maldecía, blasfemaba y la pegaba, ella se propuso contenerse y tratarlo con dulzura para atraerse su corazón, pero se había endurecido tanto que todo le era indiferente. Tenían una niña que contaba a la sazón cinco años, hermosa criatura que antes de sus extravíos amaba con locura su padre, y ahora sus caricias infantiles le ponían de malísimo humor y hasta le enfurecían. Perdió

mucho en su arte; y el gusto se le depravó tanto, que cuando trabajaba sólo hacía figuras chabacanas o grotescas, pésimamente concluidas que no lograba vender, y si alguna vez encontraba comprador era a reducido precio; se desesperaba y maldecía su suerte porque ansiaba tener el dinero que le faltaba para sus vicios, no pensaba en su pobre mujer que habiéndose ido desprendiendo de todo poco a poco, se quitaba la vida cosiendo para poder siquiera tener un pedazo de pan que dar a la hija de sus entrañas; ya se sabe lo que produce la costura, poco, y aún menos si como ella, lo hacía, teniendo que atender a otros cuidados.

El día que veía a Juan al parecer sereno, se atrevía a indicarle cual debía ser su trabajo: Haz una Inmaculada, un Crucifijo, o figuras caprichosas, pero decentes como las hacías antes; entonces muy bien que se vendían, pero ahora ¿cómo ha de favorecerle Dios si cuando trabajas le ofendes empleando el talento que te ha dado, contra El?

—Déjate de necedades, yo no soy ningún beato; no te metas en lo que no te importa, bastante tiempo he sido un tonto en dejarme manejar por tí, ya se acabó, trabaja tú, que no es justo que yo me esté matando para que tú estés hecha una señora, y como vuelvas a tocarme ese punto te prohibo vayas a casa doña Blanca que es la que te mete esas patrañas en la cabeza, aquí mando yo, y soy el amo de mis manos para hacer las figuras como me dé la gana, ¿estamos? Esta era la manera menos violenta de contestarle, que las más de las veces, iban sus frases acompañadas de palabras soeces y groseras en demasía.

La señora a que aludía Juan, era doña Blanca Canales, rica propietaria y persona muy piadosa y caritativa, dedicando sus rentas solo a obras buenas. Había tenido de mayordomo de campo al padre de Antonia hasta su fallecimiento; ésta le conservó siempre gratitud y consideración, como afecto le tenía a ella la señora.

Cuando nació su hija la misma doña Blanca le pidió ser su madrina, regocijándose el matrimonio, porque entonces Juan no estaba maleado,

Doña Blanca sabía algo de la actual conducta de Juan, aunque Antonia esposa ejemplar, por no poner en evidencia a su marido, tapaba hasta qué punto estaba este perdido; mas como vendieron la vaca, las gallinas y hasta la casita, no pudo ocultársele cual era la causa de esta ruina, y con el pretexto de su ahijada enviaba constantemente regalitos. ¡Pero qué mal los recibía Juan! No quiero, gritaba, colérico, limosnas de ricos. ¡Eso es afrentar a uno! ¡Que guarde su dinero!

Una tarde que fué Antonia a reparar una ropa que había terminado, le dió un accidente en la calle que le privó del sentido. Hallándose cercana al Hospital allí la trasladaron; pronto recobró el conocimiento, pero las heridas que se hizo le impedían moverse; avisaron a su esposo, que con la niña se había quedado en casa, para que no tuviese cuidado de tan larga tardanza; en aquel momento Juan no estaba embriagado, y sintió el buen impulso de ir a ver a su mujer: Ven, Lolita, mamá se ha caído y vamos a verla. Juntos caminaron al Hospital; antes de pasar a la sala donde estaba encamada Antonia, se detuvieron en el Locutorio; allí entre otros muchos, había un hermoso cuadro admirablemente pintado, representando a Jesucristo clavado en la Cruz y a su lado de pie su Santísima Madre; el efecto que hizo en Juan, que aquel día estaba emocionado es indescriptible; como artista estaba encantado de tan magistral obra, y como hombre de sentimiento y corazón, aunque ahora apagados, se hallaba conmovido de la expresión de dulce sufrimiento, de dolor intensísimo, pero resignado que expresaba la Virgen Dolorosa. Extasiado quedóse contemplándola largo rato y sus labios balbucearon una plegaria; tuvo la Hermana de la Caridad que llamarle repetidas veces para que se diera cuenta de ello; tan absorto estaba en su admiración.

Antonia, que mucho le conocía porque mucho le estudiaba, notó en él algo extraordinario que le alegraba el corazón. Muy distraído estuvo toda la visita, pero qué contenta la dejó al decirle: No te apures por la niña, yo cuidaré de ella, esta noche no salgo, voy a trabajar. En efecto, llegó a su casa y después de tomar su frugal cena, más frugal aquella noche, por no estar allí la que con tanto esmero la confeccionaba, acarició a su hijita dándole un beso que Lolita no hecha a aquellas caricias paternas, casi casi se asustó de semejante ternura y sin decir palabra durmióse o finjóse dormido; enseguida púsose a trabajar. Quien lo hubiera visto lo toma por loco, al aperebirse que lloraba y hablaba solo; mas no era locura no, era la razón que le volvía. Varios días estuvo en el Hospital Antonia, y todos fué Juan con su hija, no dejando ninguna de ellas de pararse un momento siquiera ante el cuadro del Crucificado.

Por fin le dieron el alta; fué a buscarla su esposo y al llegar a la puerta de su casa díjole: Te he preparado una sorpresa, mucho te he hecho sufrir, justo es que te dé algún consuelo; entra y mira. Penetra vivamente Antonia en la habitación y ¿quién podrá dar una idea de su alegría al ver una escultura bellísima y artísticamente ejecutada de la «Dolorosa» ¡Ah, Juan! tu estás convertido cuando has hecho una obra tan hermosa. María Santísima se ha dignado oírme. ¿Verdad? ¿Verdad que serás ya siempre un hombre de bien? Sí, esposa mía, y de aquel cuadro del Hospital se ha valido la Virgen para tocarme el corazón y al propio tiempo despejar mi inteligencia; por Ella te juro no he de beber más y he de ser el Juan de los primeros años.

Estando en esta conmovedora escena, se presentó doña Blanca para dar la enhorabuena a Antonia de su curación; sorprendióse de encontrar al matrimonio en tan buena armonía, pero mayor fué su asombro al contemplar la Imagen de barro hecha por Juan, que algo conocedora en el arte, comprendió no era un trabajo vulgar; pidióle presentarla en una exposición que en aquellos días se abría, pero Juan quiso conservarla, por deberle a Ella su regeneración, y como desagradado para su mujer prometió hacer otra igual, y ejecutada, fué llevada a la Exposición de «Bellas Artes» sacando primer premio, y adquiriéndola un inglés que la pagó a peso de oro. Desde entonces reina la felicidad en aquel hogar, donde tan perdida estaba por el vicio.

Condesa Vda. de Agramante.

La Crucifixión

La Cruz preparada para el Salvador del mundo estaba hecha de dos piezas, labradas a escuadra; de una madera resinosa, que se

ha reconocido ser idéntica al pino de Alepo, abundante en Palestina, donde todavía se encuentra fácilmente.

No se diferenciaba de las destinadas a los otros condenados, como no sea en tener un poco más de elevación, según pretende cierta tradición, que se puede aceptar sin ningún impedimento. Con efecto; los judíos no pensarían en excusar a su víctima la humillación de un suplicio vulgar; pero los romanos pudieron muy bien querer mofarse, poniéndole en un patíbulo más alto, de ese Rey, entregado a Cesar por sus propios súbditos.

Es verdad que Pilato no mandaría tal cosa; tampoco había mandado que le coronaran de espinas, y con todo, le coronaron, sin que el Procurador protestara.

La legión que tenía a sus órdenes se componía en gran parte de voluntarios, a quienes su política dejaría más libertad que a los soldados avezados a la disciplina tradicional. De aquí provenía esa agravación de torturas e insultos, *addita pereuntí ludibria*, como diría Tácito.

Pilato, como no había mandado nada, se creía, sin duda, inmune de todo reproche, y al cabo era la moral de su tiempo, que por cierto no se reservó el monopolizarla.

Pero, así y todo, la Cruz de Jesús no podía tener más de ocho a nueve pies de elevación, suponiendo que empotraran como un pie en el suelo para sostenerla derecha; por haber exagerado las dimensiones es por lo que se ha recurrido al sistema de gradierías y escalas imaginado por los visionarios y artistas de la Edad Media.

La tradición primitiva era mucho más exacta, como lo patentiza la seriedad del relato.

Después de haber humedecido su labio en el vino de mirra, Jesús volvió la cabeza, fuera únicamente porque rehusaba el lenitivo que le ofrecían, fuera más bien por protestar contra la mezcla de hiel que la poción tradicional tenía, según insinúa San Mateo. No se preocuparon de esto los verdugos, y pronto, según costumbre fué despojado de sus vestidos.

Era un espectáculo lastimoso aquella carne magullada por los azotes, acardenalada con las caídas, ensangrentada de nuevo, con desnudarla ahora brutalmente, y estremeciéndose de la humillación a que se la sometía a la vista de todo un pueblo.

Una creencia nos dice que uno de los asistentes cubrió con una faja la desnudez del Crucificado. Según San Buenaventura y Ludolfo Cartujano, la misma María se habría quitado el velo y ceñido con él a su Hijo. ¡Ay! Es poco probable que la Madre afligida pudiera hacer este último servicio a su Hijo; el amor debía inspirárselo, pero el furor de los judíos y la brutalidad de los ejecutores acaso lo impediría. Contentémonos con recoger de los labios del moribundo la pálida sonrisa con que pagó, según Santa Brígida, este acto de misericordia. Desde ahora, ya no hay más que sufrimientos y agonias, como en Getsemani, más terribles aún si esto es posible. Antes de tenderse sobre la Cruz, ¿no tendría necesidad Jesús de repetir: «Padre mío, hágase tu voluntad y no la mía»? Sólo El pudiera decirnoslo, mas parece muy natural que pensara en renovar en este momento su consentimiento a la obra de nuestra Redención.

Dobló sus rodillas, y arrastrándose hacia el instrumento del suplicio, se extendió sobre él sin decir palabra. Adaptaron la mano derecha a un extremo del madero transversal y uno de los verdugos la clavó de un golpe seco con un clavo de cuatro esquinas y diez centímetros de largo, que el verlo estremeció todavía. Saltó la Sangre, se contrajeron los dedos y los labios de la víctima dejaron escapar un suspiro. De otro martillazo quedó clavada la mano izquierda. Eran muy duchos operarios los *chaouchs* del Procurador y ejercían su oficio con un placer, que se reflejaba en la destreza con que lo hacían todo.

¡No hay nada más horroroso que ese gusto del hombre en la sangre de otro hombre, esa delectación en las torturas de sus semejan-

tes, esa habilidad refinada de despedazar que le envidiaría una fiera! Pero ¡cuánto más horror no causa cuando todo eso se ve aplicado a destruir lo más inocente y más perfecto que Dios había criado! ¿Cómo es posible no considerar, llenos de espanto, que esos brazos inconscientes los armó nuestra malicia y que de lo que hicieron hemos de responder un día en el Tribunal de Dios crucificado?

Clavadas las manos llegó el turno a lo pies. Horrible estremecimiento agitaba al sentenciado, mientras ajustaban las piernas, medio dobladas, al tronco del árbol maldito. ¿Qué les importaba a los verdugos, acostumbrados a tales espasmos y que tenían prisa por acabar? Mientras una presión brutal sujetaba los pies en el sitio designado, los martillazos hundían rápidamente en ellos los clavos que faltaban. Luego, satisfechos de su trabajo, los verdugos se incorporaban diciendo con burla: «Ahora, Galileo, desclávate, si eres Hijo de Dios.»

Todo el Cuerpo se retorció con un esfuerzo descompasado, buscando en este lecho fúnebre una postura menos dolorosa; levantóse el pecho para aspirar el aire, mientras la cabeza se revolvía con tan repentina torsión, que estiró los brazos y les imprimió sucesivamente una sacudida horrorosa. Después la convulsión volvía hacia abajo, desplomando el tronco y doblando las rodillas para llegar hasta los pies, cuyos dedos crispados daban con las uñas en la madera.

El Corazón palpitaba con violencia, la boca respiraba sollozando, gruesas lágrimas corrían por sus mejillas, entretanto que los ojos, desmedidamente abiertos, parecían buscar un poco de compasión y consuelo. Más tarde vino el abatimiento: el Crucificado parecía que se desvanecía y perdía el sentimiento de su miseria. Inclino la cabeza, se extinguió el llanto y se extendieron los miembros cuanto era posible. En la cara de los verdugos se dibujaba la ansiedad, temían que se muriera antes de alzar la Cruz y entonces el pueblo se habría quedado sin las emociones y el gusto del espectáculo. ¡Manos a la obra, y arriba la Cruz, que domine la cresta de la colina, y al burlón *Ave Rex* del Pretorio suceda el saludo a Tiberio triunfante: *Ave Cesar Imperator!*

Se levantó, pues, la Cruz en brazos de los ejecutores, resbaló el agujero abierto para meter la parte inferior, y allí quedó acuñada con tierra y piedras, apretadas con cuidado. Esta operación no se hacía sin sus dificultades, que se vencieron con ciertas precauciones, como la de sujetar con cuerdas a la Cruz el pecho y la cintura del paciente, para evitar que se desgarraran las manos al caer en el hoyo abierto para recibirla.

Pero por mucho cuidado que pusieran los verdugos en moderar sus movimientos, era imposible evitar que el pie de la Cruz chocara violentamente con la piedra al caer en el hoyo. Sin duda esto arrancó un grito al Crucificado, que María sola oyó en su Corazón, y que se perdió en un clamoreo de blasfemias y de injurias.

R. P. M. J. OLLIVIER, O. P.

NUESTRO CRUCIFIJO

Magnífica escultura de 0'40 centímetros, tallada en madera en los laureados talleres de don José Tena, de Valencia, hecha expresamente para EL AMIGO DEL POBRE.

¡El Crucifijo de EL AMIGO DEL POBRE! Así le llamamos, así le llamaremos siempre. ¡Ah! qué hermoso es, qué edificante! Y cómo habla al alma cristiana, atrayéndola a la piedad a la compasión, al deseo de sufrir para merecer.

Grandes eran nuestros deseos de poseer un «Cristo en la Cruz» que colocar en esta redacción donde con sin-

gular agrado trabajamos siempre por la propaganda católica.

Ansiábamos tenerle muy a la vista para mejor aprender del Divino Maestro en su incomparable «libro de Pasión» la virtud y el sacrificio, para enervorizarnos más y más, contemplándole y considerándole, en difundir y sostener entre todos y contra todo la Doctrina que El nos enseñó y que selló con su Sangre preciosísima, dándonos testimonio de su Divinidad.

Ya estos anhelos nuestros se han cumplido mejor de lo que podíamos esperar, gracias a la esplendidez de nuestro buen amigo don José de Tena, quien en su atenta carta del mes último nos decía: «Me encuentro altamente recompensado con poder contribuir a levantar el ánimo y ayudar en lo posible a la prensa católica, difundiendo el bien con las enseñanzas de Cristo, de que tan necesitada está la humanidad.»

Junto con su talento de artista revela el Sr. Tena profundos sentimientos católicos.

¡Qué hermoso es nuestro Crucifijo! Con qué arte, con qué delicadeza y cariño está hecho. El artista más exigente, el anatómico más estudioso, el cristiano más enamorado de su Dios, no pueden menos de quedar satisfechos.

Si en todas las redacciones de los periódicos hubiese una imagen tan perfectamente sentida como ésta, ¡no! seguramente que no habría ningún periodista malvado. ¿Quién se atrevería, después de pararse siquiera a contemplarla unos momentos, a escribir en contra de la verdad, de esa verdad que el Unigenito de Dios muerto en una cruz por la salvación de los hombres, representa?

¡Oh, Divino Señor nuestro, una vez más en día tan memorable como el de hoy, volvemos a suplicarte que paralicés nuestra mano y ciegues nuestro entendimiento antes que nuestros escritos vayan en contra de tu santísima voluntad.

Inspíranos y bendícenos, Cristo bendito, para que te sirvamos fielmente y seamos siempre celosos propagandistas y defensores de tu santa Doctrina...

¡Y cómo nos ha enervorizado nuestro Crucifijo, el Crucifijo de EL AMIGO DEL POBRE!

¿Religiosidad o travesura?

Contra el soldado Andrés Espinosa Montero se instruyó una causa en Abril de 1870 en la Isla de Cuba, y no sabemos si el interesado al ser juzgado usó de una travesura de ingenio para salir del paso, o si en realidad contemplaba durante la Misa lo que declaró en juicio. De todos modos fué absuelto y premiado bien sea por su ingenio o bien por su religiosidad.

He aquí el documento que hace fe de ello: «Certifico que, a los folios 31 del libro de expedientes, hay un dictamen que, copiado a letra, dice así: «Que estando el domingo, 6 del corriente, oyendo Misa la fuerza de este batallón, observó el sargento primero de la segunda compañía, que, mientras se celebra

ba el Santo Sacrificio, un soldado de ésta tenía una baraja en las manos y la repasaba con la mayor atención, por cuyo motivo a la llegada de la fuerza al cuartel fué conducido al calabozo, y se dió parte por escrito al primer jefe del cuerpo, e informado el señor teniente coronel del feo delito del referido soldado, dispuso la información de expediente, nombrando al efecto fiscal instructor al señor ayudante.

Constituido el tribunal que había de juzgarlo en el cuarto de banderas, fué conducido el acusado a su presencia, y preguntado su nombre, patria, Religión, estado y ejercicio, dijo que se llamaba Andrés Espinosa Montero, que era natural de Logroño (Castilla la Vieja), que profesaba la Religión Católica, Apostólica, Romana, de estado soltero, y pertenecía al batallón de Cazadores de Bailén, número 1.º de este ejército, inscripto en la segunda compañía del expresado cuerpo. Preguntado por qué siendo cristiano, como dice, en vez de estar oyendo la Misa con toda devoción, había sacado una baraja, y se entretenía en repasar las cartas, dijo: Que careciendo de rosario, había ideado substituirlo con la baraja, para, con sus distintas cartas, poder meditar en los diversos Misterios de la Muerte y Pasión de nuestro Señor Jesucristo: explicose el acusado, y dijo cómo meditaba en la baraja tan sagrados Misterios. Dijo que, empezando por los *ases*, en el de *bastos* contemplaba la columna donde amarraron al Señor; en el de *espadas* meditaba cuando San Pedro cortó la oreja a Malco; en el de *copas* cuando le presentaron una llena de hiel y vinagre a nuestro Señor Jesucristo para que la bebiera, y en el de *oros* considero el ósculo de paz que dió Judas al Redentor al tiempo de entregarlo. En los cuatro *doses* considero los ocho verdugos que, de dos en dos, azotaron a nuestro Salvador. En el *tres de copas* se me representan los dedos con que rasgaron las vestiduras del Señor; el *tres de bastos* lo considero como los con que fué arrastrado; en el *tres de espadas* contemplo los tres clavos con que fué enclavado en la Cruz; en el de *oros* medito en las tres personas de la Santísima Trinidad: el *cuatro de copas* me representa cuatro Santos del Calendario, que son: Santo Tomás, Santo Domingo, Santo Toribio y Santo Tomé, en el *cuatro de bastos* considero los cuatro Doctores de la Ley nueva, San Agustín, San Gregorio, San Jerónimo y San Ambrosio, y el *cuatro de espadas* me representa los cuatro elementos, meditando en los cuatro Evangelistas que fueron a predicar en las cuatro partes del mundo; al contemplar el *cuatro de oros* y el *cinco de espadas*, me hace meditar en los nueve Misterios gloriosos de María Santísima; el *cinco de bastos*, en igual número de dolores que sufrió la Madre de Jesucristo; y en el *cinco de oros* me representa las cinco llagas del Redentor; como igualmente el de *copas* me lleva a considerar hasta qué grado tuvo que apurar nuestro Señor el cáliz de la amargura; los *seises de copas* y de *oros* me hacen contemplar la penosa marcha de Jesucristo por la calle de la Amargura con la Cruz a cuestas; en el *seis de bastos* y de *espadas* considero a los doce Apóstoles; en el *siete de copas* medito en la sublimidad de las siete palabras que el Señor pronunció en la Cruz; en el *siete de bastos* considero los Sacramentos de la Santa Madre la Iglesia, que son también siete; y el de *espadas* me representa los siete Dolores que traspasaron el Corazón de María, como asimismo hallo la representación de los pecados capitales en el *siete de oros*; las *sotas de copas*, *espadas* y *bastos* me representan a las tres Marias, y el *caballo de espadas* al judío que dió la lanzada a nuestro Señor Jesucristo después de muerto; los *caballos de copas*, *oros* y *bastos* se me figuran los tres Reyes Magos que vinieron del Oriente a adorar al Niño Jesús; en el portal de Belén, y en los cuatro *reyes* contemplo las cuatro columnas del templo de Salomón.

Preguntado cómo en todas las cartas de la baraja estaban representados todos los Misterios, menos en la *sota de oros*, que no la había nombrado como todas las demás, di-

jo: «Que como se parecía a su sargento primero, no la había querido mezclar en tan sagrados Misterios.»

Y con esto terminó su declaración, siendo en el acto absuelto de toda culpa y agraciado por los jefes del batallón con tres meses de licencia temporal y dos de paga en concepto de gratificación.

Castillo de la Habana a 22 de Abril de 1870.—El escribano, A. Mata.—El fiscal, Andrés P. de León.—Conforme; el C. T. C., primer jefe, Suárez Arguñón.

El mayor sacrificio

(Idea de San Anselmo)

Un príncipe de la sangre, en su jardín paseando, advirtió que a un gusanillo por crueldad habían pisado. Sintiólo y enternecióse: que era de pecho muy blando; y mandó al punto viniesen médicos para curarlo. Vinieron ellos de prisa y dijeron... ¡juicio extraño! que para que el pobre insecto del todo quedase sano, debía tomar de sangre de real corazón un baño. —Está bien—repuso el príncipe— vamos pronto a ejecutarlo: abridme al instante el pecho... y el corazón de contado: muera yo; mas que se salve el herido que tanto amo.— ¡Oh amor entre los amores el más estupendo y raro! Los médicos accedieron, y el príncipe muy gozoso llevó el sacrificio a cabo. ¿Qué es un hecho inverosímil? ¡Cómo histórico lo canto! Esto y más hizo Jesús el morir por los humanos: de El al hombre hay más distancia que del príncipe al gusano.

JULIÁN DE MENA.

Charla

—La Religión Católica anda estos días muy atareada con su Semana Santa, pero... digo yo, entre las muchas religiones que hay en el mundo ¿por fuerza va a ser la Católica la verdadera?

—Y para tí ¿cuál es la religión verdadera?

—Para mí, ninguna.

—Mira bien lo que dices, porque si no quieres pasar por un mentecato, has de reconocer que el sentimiento religioso, o la religión pertenece a la naturaleza moral del hombre, y siendo esto así, entre los muchos cultos que hay para honrar a Dios, uno, sólo uno ha de ser el verdadero.

—Todo eso está bien. Lo que yo espero es ver por qué la Religión Católica es la única verdadera.

—Pues esto es muy sencillo. Con fijarse en la clase de enemigos que tiene, está hecho todo. Podría hablarte del milagro de la propagación de esa Religión, de su conservación, que es otro milagro mayor que el primero; mucho podría decirte de los frutos de virtud y santidad que en todos los lugares ha producido y sigue produciendo, y hacerte ver de paso que

esta prerrogativa no se encuentra en ninguna otra religión más que en la Católica. De todo esto y mucho más podría hablarte para hacerte ver que ella es la única religión verdadera; pero basta y sobra con hacer que te fijes en la clase de enemigos que tiene.

—No lo entiendo.

—Pues tiene muy poco que entender. Yo, y como yo cualquiera que conozca, aunque sea muy por encima la Religión Católica, no dejará de observar que su moral y toda su doctrina es la más pura que se conoce; que sus dogmas son los únicos que tienen pruebas sólidas, y, en fin, que es la única también que ha tenido y tiene testigos que se dejan matar en defensa de esa moral y de esos dogmas. Observarás también, sobre todo si lees un poco la historia del género humano, que es la religión de los santos y de los sabios. Si alguno, o algunos que merezcan el nombre de sabios no pertenecen a la Religión Católica, la miran con respeto y veneración, y confiesan que su doctrina es la más pura y sublime que se conoce. En cambio, a esta Religión la combaten y la odian de muerte los viciosos, la gente perdida, esos que dan todo, o casi todo el contingente a las cárceles y presidios. En fin, que la experiencia de todos los días enseña que al lado de esta Religión se encuentra la honradez, la ciencia y la virtud, y enfrente de ella el vicio y la inmoralidad.

—Algo habrá que rebajar.

—Nada, absolutamente nada. Tú sabes muy bien, que la única religión

perseguida y calumniada en su moral, en su doctrina y en sus ministros es la Católica. Nadie se mete con los protestantes, ni con los judíos, ni con ninguno de los que no son católicos. La persecución es sólo para el catolicismo.

—Pues no será tan verdadera esa religión cuando tanto se la persigue.

—Si la persecución viniera de parte de la honradez, de la virtud y de la sabiduría, entonces podría ser verdad lo que acabas de decir; pero viene precisamente de parte de la ignorancia algunas veces, y las más de la corrupción y del vicio. Aquí puede discurrirse como se discurre cuando se trata de juzgar algunas instituciones humanas, que para saber si son buenas o malas, no hay más que fijarse en la clase de enemigos que las hacen la guerra. Esta es una señal que nunca falla. Si los rateros, los ladrones, y toda la gente maleante y perdida colmasen de alabanzas a la Policía y a la Guardia civil, toda la gente de orden miraría con recelo a esos institutos; pero desde el momento en que ve que toda esa gentuza los odia a muerte, comprende que son una firme garantía del orden. Aplicado este argumento a la cuestión que nos ocupa, tiene más fuerza todavía. Si el catolicismo descendiese con la perversidad de vuestras costumbres, entonces le colmaríais de alabanzas. Y se ve esto mejor cuando algún sacerdote tiene la desgracia de prevaricar haciendo traición a su dignidad y a su fe. Entonces todos los aplausos os parecen pocos.

Le llamáis ilustrado y hasta virtuoso, sin acordaros que antes le teníais por un ignorante y fanático, nada más que porque no era de vuestro modo de pensar.

—Nosotros al que es bueno le aplaudimos.

—De todo hay. Pero vuestros aplausos muchas veces suelen ser sospechosos, y, en cambio, vuestros odios, y sobre todo esa guerra continua que hacéis a la Religión Católica es señal certísima de que ella es la única verdadera.

BIBLIOGRAFIA

Hemos recibido los dos primeros núms. de «La Revista del Clero Español», publicación periódica redactada por los Profesores y alumnos del Seminario Conciliar de Madrid, con la colaboración de gran número de ilustraciones del Clero secular español.

El precio de suscripción es en España de seis pesetas al año (pago adelantado) si se hace el pago directamente a la Administración, y de siete pesetas si se hace por correspondencia o en pago de letra girada. Extranjero 10 pesetas.

La «Revista» envía un número de muestra a quien lo solicite dirigiéndose al Seminario Conciliar de Madrid.

Correspondencia administrativa

Sr. D. C. G.—Asilo, Madrid.—Pagó a fin 1913.

Sr. D. M. G.—Uncastillo.—Pagó 1914. No se recibieron los sellos que dice en su carta.

Sr. D. C. G.—Cobos de Segovia.—Id. a fin 1914.

Sra D^a A. Z.—Laviana.—Pagó a fin Enero 1914.

Sr. D. J. V.—Oviedo.—Id. a fin Enero 1915.

Sr. D. J. A. D.—Mieres—Recibidas 6 pesetas ¿De qué suscriptor?

Monte de Piedad y Caja de Ahorros DE GIJON

Establecimiento benéfico bajo el protectorado del Ministerio de la Gobernación.

CALLE DE SAN ANTONIO, NÚM 16

Monte de Piedad

Se presta sobre alhajas, ropas, efectos, muebles valores, etc., al 6 por 100 al año.—Subasta todos los primeros domingos de mes, de diez a una, y si no se concluyese, se prosigue en los domingos siguientes.—Se admiten depósitos en custodia.—Cantidad prestada en este Establecimiento en los siete años de existencia: 6.871.003,01 pesetas.

Caja de Ahorros del Monte de Piedad

Intereses que abona esta Caja: El 3 por 100 anual en las imposiciones reembolsables a la vista.—El 3 y medio por 100 anual a las imposiciones reembolsables a los seis meses.—El 4 por 100 anual a las imposiciones reembolsables a doce meses.—Hay libretas para poder ahorrar desde cinco céntimos de peseta, en sellos.—Además se venden huchas a seis pesetas, y se alquilan a dos reales al año, para ahorrar a domicilio.—Compra y venta de valores por cuenta de los imponentes.—Cantidad ingresada en nuestra Caja de Ahorros en los siete años de existencia: 7.530.911,14 pesetas.

Horas de oficinas: De 9 a 12 y de 3 a 6

Imp. de Lino V. Sangenis.—Gijón

BANCO DE CASTILLA
SOCIEDAD ANONIMA FUNDADA EN 1857
Infantas, 31. MADRID

Agencia de Gijón: Calle de los Moros

Cuentas corrientes, Giros, Cobros, Comisiones, Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros, Cartas de crédito, Descuentos, Préstamos, Cuentas corrientes con garantía de valores, Depósitos, etc.

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde UNA peseta en adelante al 3 por 100 de interés anual.

Acebal, Rato y Comp.^a

FUNDICION DE HIERRO

Barrio del Tejedor.—GIJON

Cocinas cerradas desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; pieza inutilizada se sustituye por otra, evita este sistema las cucarachas o correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok o solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, lucernas, bajadas de aguas, tubería, parrillas, etc.

PAÑOS Y NOVEDADES
LA SIRENA
Corrida, 86 y 93
GIJON

IMAGENES Y ALTARES

Para adquirirlos recomendamos los laureados y acreditados talleres de

JOSE TENA
BAJADA PUENTE DEL MAR, 1
VALENCIA

No dejar de consultar esta casa.

LA EMIGRACION

Moral, patriótico y divertido libro en bable de costumbres asturianas.

Véndese en esta imprenta y buenas librerías a 1 peseta.